



SU IMPERIO
El dueño y editor de la revista *Playboy*, delante de la sede de la publicación en Chicago en 1973.

AUTOBIOGRAFÍA EL EMPERADOR DEL EROTISMO

HUGH HEFNER, AL DESNUDO

ANTOLOGÍA DE *PLAYBOY*

Para pasar el mal trago de su reciente divorcio, sigue viviendo con tres de sus novias y continúa haciendo el *casting* de conejitas de su revista. El erotómano más célebre de la Historia atiende a *MAGAZINE*

desde su sede mansión en Los Ángeles. Su uniforme de trabajo es un pijama, y la Viagra, "un milagro" pensado para él. Ahora, la editorial Taschen condensa su apasionante autobiografía. por Javier Cid

MAGAZINE PÁG. 42



DE CUMPLE
Para celebrar el 48 aniversario de Hugh, Miss Diciembre 1973 emerge desnuda de una tarta.

Estados Unidos se desangraba en Vietnam, Malcolm X moría cosido a balazos en Nueva York, los Rolling Stones apuntaban el *rock & roll* con su *I can't get no (Satisfaction)* y la NASA vivía en una eterna expedición sideral. Pero la verdadera historia del país, la que empapaba los días y las noches de toda una generación, se desataba en el desplegable central de una revista.

Dos simples grapas en las zonas erógenas sujetaban el imperio *Playboy*, un conglomerado de *pin-up* liberadas, fiestas salvajes y portadas calientes al servicio de un solo hombre. Corría el año 1965 y Hugh Hefner, *Hef* para sus conejitas, desayunaba dólares y escotes mientras fuera, en la vida real, América superaba la era Kennedy y se rasgaba en dos por culpa de la intolerancia del Ku Klux Klan.

El embrión de la mayor fábrica de erotismo jamás construida se había gestado 12 años antes, en 1953, e la cocina de un lúgubre apartamento del South Side de Chicago. Con una inversión inicial de 600 dólares y la ayuda económica de padres y amigos, Hefner editó el primer número de *Playboy*. Marilyn Monroe, carnaza de calendario, inauguró el marcador de rubias platino y diosas del sexo que to-

davía hoy se pasean por sus páginas. El resto ya es historia.

Medio siglo -50 años de los de antes- ha sido suficiente para sacar punta al mito de mister *Hef*. Hefner, el visionario de los negocios; Hefner, el *playboy* en pija- →



MAGAZINE PÁG. 43



ESCOLTADO. Con su séquito de playmates, a los pies de su jet privado, que él mismo bautizó como *Big bunny* (gran conejito).

ADICTO AL TRABAJO. Hef, en su mansión. Mientras al fondo, en la tele, John Dean testifica por el caso Watergate. Era el año 1973.



LA CASA DE LOS JUEGOS. El propio Hugh definió esta foto con Barbi Benton como "puro siglo XX".

ma; Hefner, el editor más famoso del mundo; Hefner, el escritor frustrado; Hefner, maestro del Viagra, mesías del destape, pluriempleado del amor. A veces, padre de sus cuatro hijos, siempre novio de sus 1.000 amantes. Hefner, dicen por ahí, liberador de la mujer.

DE KENNEDY A OBAMA. Estas son las líneas maestras de un personaje que vio morir a Kennedy y nacer a Obama y que ahora, con 83 años engarzados a su espalda, se acaba de colar en la editorial Taschen. A través de seis volúmenes copiosamente ilustrados, Hugh desgrana su esperada autobiografía. La colección no se olvida de sus conejitas y, con la ayuda de cientos de textos y fotografías exuberantes, recorre los primeros 25 años de la revista *Playboy*. Limitada a 1.500 ejemplares, esta antología guarda en la recámara un enésimo golpe de efecto: incluye un trozo (7 x 7 centímetros) del legendario pijama de seda de Hef.

Buen momento, pues, para acercarse al mito y dibujar los retazos más humanos y menos conocidos- del rey Midas del erotismo. La primera pregunta es obligada: ¿Cuándo fue la última vez que tuvo sexo? "Hace dos noches", responde desde Los Ángeles, acompañado de una secretaria que le ayuda a descifrar las palabras del periodista. "Estoy un poco sordo", se justifica. Ahí termina su única referencia a los achaques de la vejez, puestos constantemente en cuarentena desde que sufrió un derrame cerebral en 1985. Las informaciones sobre su salud, siempre rumores de ida y vuelta, se remontan a la década de los 60. "Me encontraba en una especie de cuerda floja, viviendo muy deprisa, tomando Dexedrina y Pepsi-Cola y parando rara vez para comer", explica.

Con este historial de lisergeria, anfetaminas y noches en blanco, no es de extrañar que la DEA (agencia del Departamento de Justicia de Estados Unidos dedicada a la lucha contra el contrabando y el consumo de drogas) haya tenido una especial predilección por Hefner y su guarida de musulmanes inquietos. Este toma y daca entre las autoridades y

el imperio Playboy alcanzó su punto álgido en 1974, cuando Bobbie Arnstein, asistente de Hugh, fue detenida junto a su novio y otros dos hombres por distribución de cocaína.

"Fue condenada a 15 años gracias a testimonios falsos con el único objetivo de manchar mi imagen y de implicarme en alguna conspiración. Todo estaba amañado y la maniobra formó parte de una caza de brujas", recuerda Hefner. Bobbie se suicidó tras ingerir una dosis letal de pastillas, pero la DEA no desistió. Al no poder verificar el consumo de cocaína en la mansión, se dedicaron a buscar Dexedrina, "un medicamento cuya prescripción era absolutamente legal". Titulares como *Las conejitas de Playboy venden hachís* o el activismo de la revista en pro de la legalización de la marihuana- tampoco ayudaron a limpiar la polvareda de los psicotrópicos, pero Hugh niega cualquier relación de su universo con las drogas duras: "¿Cocaína en mis fiestas? Jamás".

FARRAS ANTOLÓGICAS. Son precisamente las fiestas las que elevaron a Hef a los altares. Hollywood y alrededores llevan medio siglo saboreando sus dotes de anfitrión, perdiéndose en su piscina con cascada, magreándose en la sala de cine o enredándose en las sábanas de una de las 30 habitaciones de su mansión. La mansión, ahí es nada, más famosa del mundo (ha inspirado un videojuego y hasta el grupo irlandés U2 le dedicó una canción en su álbum *Pop*, de 1997). "La compré por 1.050.000 dólares, un buen precio para una vivienda que necesitaba ser reformada", explica su dueño. "Invertí 12 millones más en mejoras, como una cancha de tenis, un zoo privado y un estanque con peces. La mansión Playboy West se convertiría en mi Shangri-la".

Sesión de vapor va y sesión de vapor viene, el número 10236 de la calle Charing Cross de Holmby Hill se convirtió en la sede de la *secta Playboy*; mientras fuera el mundo giraba en carne viva, tras los muros de *Villa Hefner* se expresaron los años dorados de la libera-

ción sexual. "Por algún motivo, fue el hogar de *playmates*, estudiantes universitarias, ayudantes de dentista, secretarías o chicas que mis amigos encontraban en la playa".

PLÉYADE DE ESTRELLAS. El término vip (persona muy importante en acrónimo inglés), inventado por los californianos para darse boato, alcanzó en estos guateques del desenfreno su máxima expresión. Por la casita de marras han desfilado Frank Sinatra, Brigitte Bardot, Roman Polanski, Sharon Tate, Joe DiMaggio, Clint Eastwood, Ryan O'Neal, Bob Hope, Tony Curtis, Bill Cosby, Pamela Anderson, Madonna, Paris Hilton... Pero, sin duda, los que más entusiasmo pusieron en sus visitas fueron los Rolling Stones. "Se quedaron unos días, justo cuando estaban en el punto álgido de su gira de 1972", explica Hugh. "Empezamos la juerga en mi baño romano y, cuatro noches después, acabamos con un concierto improvisado por ellos y Stevie Wonder en el salón. Recuerdo que una aspirante a *playmate* que estaba por allí le dijo a un periodista: 'Dios mío, tengo golpes, arañazos y mordiscos por todo el culo ¡y además mañana es mi cumpleaños! Me siento como Cenicienta...'



ARTE DEL DESNUDO. Hefner compara a Miss enero 58 con un cuadro de Paul Chavas de 1912.

ta...'. Casi destrozaron la casa, pero estoy seguro que se divertieron".

En el imaginario colectivo, estas fiestas son un disparate de pezones afilados, tangas con fiebre y champán francés. Pero, ¿es realmente así el mundo ideado por Hefner? "Es obvio que siempre hay algo de marketing promocional detrás", reconoce. "Pero, a grandes rasgos, el concepto que la gente tiene de mí es real. No soy un personaje. Soy una persona".

Entonces, ¿cómo es un día cualquiera en la vida de este truhán con bata de *boatine*? "Mi agenda está bastante bien estructurada", responde. "Hoy, por ejemplo, me he levantado tarde. He desayunado huevos revueltos, zumo de naranja, tostadas y bacon. Después, he venido a mi oficina para hacer algunas gestiones: sigo eligiendo todas las portadas de la revista, me implicó en la parte editorial, reviso la correspondencia, organizo fiestas, ofrezco entrevistas como ésta... Por la tarde, de cuatro a cinco, tengo que grabar algunas tomas de *The girl next door* (la chica de al lado), el *reality* de televisión sobre el día a día con mis novias...".

Habla de sus novias -así, en plural- con absoluta naturalidad, orgulloso de haber patentado esta poligamia consentida. Con este trajín emocional, es muy difícil llevar bien las cuentas. Pero él aclara cualquier duda numérica: "Actualmente tengo tres novias que viven conmigo: Crystal Harris y las gemelas Shannon, y otras que están en sus casas. Hoy es el cumpleaños de una de ellas, Melissa Tyler, así que vendrán todas y jugaremos un poco, veremos una *pelí y...*", deja en el aire.

ABANDERADO DEL SEXO. Hefner dosifica el misterio y alimenta el mito. De acuerdo. Pero, a pesar de los puntos suspensivos, no deja demasiado margen a la imaginación. Es un abanderado del sexo -del sexo neumático, sintético y adulterado de California, pero sexo al fin y al cabo- y no duda en alabar las bondades del amor carnal. "Soy sexualmente activo, y sí, sigo acostándome con cada una de mis novias con regularidad".

! TEXTO TRADUCIDO AL INGLÉS EN ENGLISH CORNER PAG 56



AMOR SEDOSO. Con su novia Barbi, a punto de participar en una fiesta de pijamas.

SIN CENSURA. Con la modelo sueca Liv Lindeland, una de sus novias de oro, en 1972.

Segunda pregunta obligada: ¿Cuántas mujeres han pasado por sus brazos? "Ni idea. Prefiero la calidad a la cantidad". Respuesta no valida. Segundo intento: ¿Cien, doscientas, trescientas? "Seguramente más de 1.000". Con las cifras en la mano, justifica su mito de depredador sexual y emperador de las bajas pasiones, no sin antes disparar un pequeño perdigonazo de arrogancia: "No necesito buscar mujeres; ellas me buscan a mí. Hay una larga lista de chicas a las que les gustaría broncearse conmigo en *top less* porque quieren ocupar las páginas centrales de la revista. He creado una máquina que me proporciona las mujeres más maravillosas del mundo".

Pero la máquina necesita gasolina. Y es aquí donde entra en juego el poder de la química. Con su *peso pluma* de 50 miligramos, la Viagra se ha filtrado en la rutina amorosa de Hef. "Eso es trampa!", pensarán algunos. "Es un medicamento milagroso que parece pensado para mí", explica, todo furor, este erotómano que esquivo como puede la vejez.

UN SONADO DIVORCIO. Esta entrevista se produce en un momento con la popularidad de Hefner a flor de piel. La demanda de divorcio que acaba de presentar a su mujer le ha colocado, otra vez, en la diana de los *mass media*. Kimberly Konrad, *playmate* con la que se casó en 1989 y de la que llevaba nueve años separado, dejará de ser su esposa en los próximos meses. Cuando contrajeron nupcias él tenía 63 y ella 26. En portada, y con una foto de los novios después de darse el "sí, quiero", la revista *People* subrayaba con ironía: ¡Ella iba vestida! "Creo en el matrimonio, pero no he tenido mucha suerte", reconoce Hugh, cuyo matrimonio con Kimberly se ha saldado con dos criaturas (Hef tiene otros dos hijos fruto de su relación con Mildred Williams).

La demanda interpuesta en los juzgados ha coincidido en el tiempo con la venta de una de sus casas. Precisamente, la que se encuentra al lado de la Mansión Playboy, un pequeño caramelo de

12 millones de euros en el que vivía Kimberly con los dos hijos de la pareja. Los rumores, abrigados por el zarpazo de la crisis, se dispararon. ¿Es éste el principio del fin de la era Playboy? "Es cierto que atravesamos un momento complicado, pero no sólo nosotros, sino todas las empresas del mundo. Por eso hay que buscar nuevas fórmulas de negocio, ampliar nuestra actividad a otros soportes...", argumenta para esquivar esta época de penurias e incertidumbre por culpa de los contenidos de alto voltaje y bajo precio accesibles a golpe de ratón.

¿ARRUINADO? Pero los nostálgicos pueden respirar tranquilos: "Hemos vendido la casa en la que vivía mi mujer, y lo hemos hecho de mutuo acuerdo. El dinero conseguido es para que ella pueda vivir bien el resto de su vida. Pero ha sido algo puntual, y no el primer paso de la venta de todas mis propiedades como se ha dicho. Nunca me desharé de la mansión Playboy", sentencia quien acaba de salir a la calle para vender limonadas junto a sus conejitas para recaudar dinero contra el sida.

Una vez aclarado el misterio inmobiliario, queda un último asunto que resolver: desde los albores de su fama, Hugh se prodiga en sociedad envuelto en un pijama de seda. Es su uniforme de seductor, su guiño extravagante, su sello noctámbulo. Y ya no puede vivir sin él. "Siempre he sido adicto al trabajo, así que muchas veces me quedaba despierto hasta muy tarde", afirma. "Por eso me compré la mansión; para poder trabajar muchas horas sin tener que moverme de casa. En esa situación era muy fácil estar en pijama y, poco a poco, se convirtió en algo natural, incluso en las fiestas". Hefner es sometido a un último examen: ¿Lo lleva puesto ahora mismo? "Por supuesto. Llevo un pijama negro". Prueba superada. ☒

TASCHEN EDITA LOS SEIS
VOLÚMENES DE HUGH
HEFNER'S PLAYBOY, QUE INCLUYEN UN TROZO DE PIJAMA DE HEF

